

El linaje tolteca en la formación de los Estados mesoamericanos del Posclásico

Toltec lineage in the formation of the mesoamerican Postclassic States.

Luis Armando de la Luz Alarcón*
Universidad Autónoma de Guerrero – México
luisarmandoalarcon@hotmail.com

RESUMEN

Durante los últimos años del siglo XX y lo que ha transcurrido del siglo XXI, los estudios mesoamericanistas muestran gran interés en analizar las estructuras de poder en Mesoamérica así como sus cambios durante el Preclásico, Clásico y Posclásico, haciendo énfasis en el carácter militarista que los Estados poseían desde el periodo Clásico, los medios por los cuales, los pueblos indígenas legitimaban su poder y sus conquistas, el papel fundamental que fungía la religión, la deificación de los gobernantes y la Serpiente Emplumada. Partiendo del análisis de documentos y testimonios arqueológicos, el presente texto postula la importancia que tenía el linaje tolteca para los indígenas del centro de Mesoamérica para la creación de un Estado militarista y expansionista durante el Posclásico.

Palabras clave: Mesoamérica, Posclasico, Serpiente Emplumada, Zuyuanismo, Tolteca

ABSTRACT

During the last years of the 20th century and during the 21st century, mesoamerican studies show great interest in analyzing the power structures in Mesoamerica as well as their changes during the Preclassic, Classic and Postclassic periods, emphasizing the militarist character that the States had, since Classic period, the means by which indigenous peoples legitimized their power and conquests, the fundamental role played by religion, the deification of rulers and the Feathered Serpent. Starting from the analysis of documents and archaeological testimonies, the present text postulates the importance that the Toltec lineage had for the natives from Center of Mesoamerica for the creation of a militaristic and expansionist state during the Postclassic.

Keywords: Mesoameric, Postclassic, Feathered Serpent, Zuyuanism, Toltec

* Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Guerrero, actualmente cursa el posgrado en Humanidades de la UAGro; ha realizado exhibiciones de réplicas de armamento prehispánico e hispánico en museos del estado de Guerrero, México; ha impartido talleres de reconstrucción histórica en Chilpancingo y Toluca y más de una decena de ponencias en distintas universidades de México.

Recibido: 04/07/2019 Aceptado: 19/11/2019

Las sociedades preestatales de Mesoamérica, es decir, aquellas que se caracterizaron por ser grupos reducidos, unidos por vinculaciones familiares; por no producir excedentes materiales y carecer de clases sociales, comenzaron a cambiar su estilo de vida durante los años 5200 y 3400 a.C. (Fase Coxcatlán que se desarrolló en el valle de Tehuacán) donde “no sólo se recolectaron las plantas, sino que también se sembraron. Parece que las primeras plantas fueron el chile y la calabaza, así como el aguacate. [...] A ellas siguió el maíz”. (Haberland, 1995: 17). Tras la domesticación de las plantas, a finales de la Fase Coxcatlán y comienzos de la Fase Abejas (valle de Tehuacán), se han datado las evidencias más antiguas de construcciones habitacionales hechas de paredes tejidas, esto significó el comienzo de sedentarismo y con ello cambios progresivos, milenarios, en la estructura social y el estilo de vida. No obstante, el indicativo factico del sedentarismo es la cerámica, pues su tamaño y fragilidad no son características propias de una vida nómada por lo que el periodo de 2500-2400 a.C. se considera el comienzo del sedentarismo agrícola pues la cerámica más antigua es correspondiente a esta fecha. Sin embargo durante los primeros 1300 años de este periodo (2500-1200 a.C.) “tan solo existieron comunidades tribales igualitarias” (López Austin y López Lujan, 2014: 85) y el pensamiento religioso pareció inclinarse al homenaje de los antepasados pues se enterraba a los muertos bajo las habitaciones, los hallazgos funerarios muestran características que denotan la existencia del culto al antepasado –que posteriormente fue indispensable para legitimar la ocupación de las tierras- y el pensamiento de la vida después de la muerte, ya que las tumbas se preparaban cubriendo las paredes con hierba y depositando ofrendas alimenticias en el lecho mortuario.

En el Preclásico medio, se comenzaron a aglutinar personas en grandes colonias alrededor de los años 900 y 750 a.C. formando extensos asentamientos con un sistema político más complejo, en donde se configuraron las sociedades Estatales de la súper-área. En este estudio, asumo como *Estado mesoamericano* a la organización social compleja que cumple con los requerimientos estipulados por Florescano en su libro *Los orígenes del poder en Mesoamérica* con base en las tesis planteadas por Carneiro, Gary M. Feinman y Joyce Marcus, cuyos principales rasgos son el desarrollo de la organización política a tres niveles: local, distrital y estatal; los gobernantes poseían un origen sobrenatural; los gobernantes poseen palacios, la evolución de las estrategias de guerra a gran escala y el monopolio de la producción artesanal de la región dominada (Florescano, 2009: 481-482).

Por lo tanto, la aparición de estados arcaicos es notable en las relaciones de producción y especializaciones de trabajo en el periodo Preclásico, respecto a ello Haberland mencionó el descubrimiento de un dique de riego que data de los años 900-200 a.C. en un asentamiento de aproximadamente 3000 personas en la región de Tehuacán.

Naturalmente un solo hombre o una sola familia o los habitantes de uno de los pequeños poblados que continuaban viviendo en sus casas de paredes tejidas, no pueden haber realizado solos esta obra. Más bien era necesario el esfuerzo común y organizado de un grupo mayor, lo que indica que existía alguna unidad, tal vez política, dirigida por una hegemonía de príncipes o sacerdotes. [...] Este impulso hacia la formación de grupos mayores y relacionados con éste, la erección de centros ceremoniales, parece haber existido en toda la zona que más tarde formaría la región mesoamericana. (Haberland, 1995: 32).

Haberland, no logró explicar cómo se dio el ascenso de un grupo sobre otros, la división de poderes, la apropiación de las riquezas por parte de unos cuantos, ni cómo se legitimaba la entonces estratificación social, más bien se inclina ante las explicaciones reduccionistas. La aparición de clases sociales es evidente en la “complejidad de las tumbas, en la riqueza de las ofrendas funerarias, en las representaciones iconográficas y en la importancia que adquieren los bienes de prestigio” (López Austin y López Lujan, 2014: 85).

La planificación urbanística de los asentamientos de las sociedades complejas de este periodo muestran un patrón que se repite, el núcleo de todo poblado es un complejo urbano donde se exhibe un lugar sagrado, en torno al que gira la vida y desde donde se exhibe y ejerce el poder, en la periferia de se encuentran restos de casas y tumbas simples, por lo tanto se puede hablar de una autoridad legitimada en la religiosidad y expresada en el simbolismo que ornamenta la infraestructura central donde se exalta el linaje de una familia gobernante, es decir, la clase social dominante se adueña de la historia, emerge del tiempo dejando escrito su antiguo derecho al poder.

El prestigio del linaje y su legitimidad para gobernar universalmente deriva de los actos de valentía en la guerra, conquistas militares, manifestaciones religiosas, o sacrificios para con la comunidad hechos por un ancestro apical y cuyos eventos fueron formadores y trascendentes en la historia de la sociedad. Gaspar Melchor de Jovellanos define la nobleza del linaje como “una parte honorífica de la sociedad” (Jovellanos Gaspar, 1914: 5), que se convierte en institución del Estado.

El culto a los ancestros en Mesoamérica se manifestó en la ornamentación de las tumbas, de esta forma se recordaba y mantenía una conexión simbólica con los ancestros, al mismo tiempo se certificaba de forma material la ocupación de la familia en esas tierras y su derecho a la explotación de la misma.

Debido al linaje se legitimó la división entre poseedores de la tierra y desposeídos, esta dicotomía se impregnó en el colectivo mediante la escritura, la imposición o aceptación de ceremonias que rememoraban y mitificaban el linaje de los gobernantes, vinculándolos incluso con astros o con mitos creadores; siendo entonces la religiosidad el factor de cohesión, aceptación de la desigualdad y promotor de la repetición de este modelo, es normal que la medula infraestructural de la comunidad sea un centro religioso desde donde se ejerce el poder.

Esta costumbre, a la vez que fortaleció los lazos de descendencia entre los antepasados y las nuevas generaciones, acendró el culto a los muertos y proveyó a sus descendientes de un argumento recio para reclamar como propios el área de cultivo y la residencia que habían ocupado antes sus padres y abuelos.

[...] Así entre más hundida en las profundidades del pasado se presentaba una genealogía, más prestigiosa y noble parecía, pues estaba ornada por los blasones de la antigüedad y la duración (Florescano, 2015: 21).

La antigüedad del linaje proporcionaba a los descendientes del mismo, una ascendencia cuasi divina, pues debido a la mitificación de los ancestros se les situó en los orígenes mismos de la humanidad; por otro lado a los linajes cuya historia no se remontaba más allá de unas cuantas generaciones, se les consideraba terrenales.

En el Preclásico, los olmecas, dueños de una agricultura desarrollada, heredaron una cosmovisión que giraba en torno a los ciclos del maíz y de la lluvia, por lo tanto su interpretación del mundo los hizo crear deidades que regían tales ciclos y vinculaciones entre animales y elementos naturales.

Al jaguar, por vivir en lo alto de la montaña, donde las nubes -llevadoras del agua- tocan la tierra, se le relacionó con la lluvia y fueron consagrados como dadores del maíz, sustento de la vida; de esta forma, la deidad del maíz está representada con una cabeza en forma de grano de maíz y un rostro de jaguar, dado que el labio superior de la deidad simula al felino gruñendo y sus colmillos que se curvan hacia afuera. “Al sumar estos variados significados el dios del maíz se convirtió en símbolo de los más valioso: era el compendio de las virtudes terrestres y sobrenaturales” (Florescano, 2017: 44).

Una vez identificados cuales eran los rasgos de la divinidad dentro del pensamiento olmeca, es impresionante ver tallas de los gobernantes representados con estas mismas facciones, lo que alude a una creencia de la divinidad de la elite. Los mitos que se formaron en torno a los mandatarios olmecas, indica también que se les consideraba la encarnación misma del dios del maíz y de la lluvia, es decir, de ellos dependía la vida, ser representados como jaguar también les otorga las cualidades anímicas del animal.

La relación simbólica entre los poderosos felinos y los gobernantes y dioses de la sociedad olmeca parece haber sido el inicio de una tradición muy persistente en México. Se trata de antiguas concepciones derivadas de las creencias chamánicas de las sociedades cazadoras-recolectoras, en las que humanos y animales podían compartir una misma esencia espiritual y cambiar la apariencia externa a voluntad (Saunders, 2005: 20).

Las vinculaciones míticas humano-animal, cuando se tratan de depredadores imponentes siempre tienen características bélicas, no obstante, asociar al gobernante con el jaguar no sólo carga al ser humano de una cualidad guerrera y destructiva, sino también, como ya se ha dicho antes, debido a que el jaguar estaba estrechamente emparentado con las lluvias y al mismo tiempo considerado como dador del maíz, los mandatarios así como el jaguar eran la manifestación terrenal de la dualidad entre las fuerzas que traen la vida y la muerte, es decir, el gobernante representaba al cosmos, en el habitaba la dualidad, el caos dador de orden, idea que perduro en la tradición mesoamericana.

La relación entre el jaguar y el poder, conformó parte de lo que Alfredo López Austin ha nombrado *núcleo duro* para referirse al conjunto de elementos de una cosmovisión que resisten el paso de la historia y los cambios políticos de un determinado entorno geográfico, es por ello que la asociación antes mencionada entre el jaguar y el gobernante se replicó en la tradición mesoamericana; en el periodo Clásico, en la ciudad de Teotihuacán, abundan las representaciones gráficas y escultóricas de los jaguares; en el mural de los animales mitológicos se pueden apreciar varias representaciones de este felino vinculado a elementos acuíferos; las lapidas de las personalidades teotihuacanas están decoradas con representaciones del animal. Ruiz Gallut explica que el jaguar no pertenece a la fauna local del Altiplano, por lo que su culto y su interpretación como símbolo de poder debieron provenir de herencia intelectual. Asimismo la mitificación de los ancestros también está presente en Teotihuacán, ya que la estirpe de gobernantes de la ciudad, justificó su estatus en el mito de la Serpiente Emplumada que se repite en todas las ciudades que surgieron tras la caída de Teotihuacán y que posteriormente sirvieron para dar continuidad al linaje de la elite.

Sugiero que el edificio de la Serpiente Emplumada fue el mausoleo del fundador del linaje o dinastía de la Serpiente Emplumada. Baso esta presunción en el hecho de que a partir de la erección de este monumento (150-210 d.C.), la imagen de la Serpiente Emplumada se convirtió en el emblema de los gobernantes de estirpe tolteca y por esa razón éstos fueron siempre llamados Serpiente Emplumada (Florescano, 2015: 183).

Los argumentos de Florescano que apelan a la construcción de un linaje de gobernadores es congruente a medida que las ciudades heredadas de Tollan: Xochicalco, Cacaxtla, Tajín, Chichén Itzá, Cholula, Culhuacán y Tula consagraban monumentos a sus fundadores quienes eran reconocidos como la Serpiente Emplumada.

Pese a ser fundadora de un linaje de gobernantes, Teotihuacán representó una discontinuidad en la forma de gobierno que se manejaba desde el preclásico ya que el Estado extendió sus dominios más allá de sus propias fronteras e impuso un sistema de tributación a gran escala, López Austin propuso que en Teotihuacán, el poder se ejercía sobre un territorio y no sólo sobre un linaje, modelo que se replicó por las hegemonías mesoamericanas de influencia zuyuana, sin embargo, la legitimación del poder se mantuvo vinculada al ámbito religioso y a la relación entre el gobernante y lo divino, las construcciones monumentales dedicadas al culto de los dioses muestran una vez más que es desde esos espacios donde se exhibía el poder dentro de la población.

Tras la caída de Teotihuacán, se da pie al periodo Epiclásico, un lapso de tiempo de 350 años (650-1000 d.C.) que se refiere al proceso de balcanización derivado de las incursiones chichimecas al centro de México y donde surgen las ciudades de herencia teotihuacana como Xochicalco, Cacaxtla, Tajín, Tollan Xicocotitlan, Chicén Itzá y Culhuacán; en esta última es donde se refugiaron los dirigentes de Xicocotitlan tras su abandono. La desestabilidad política que dejó consigo el ocaso de Teotihuacán provocó una lucha por la obtención del poder; Xochicalco fue una de las ciudades que se levantó para reclamar dicha autoridad, no obstante, debido a las invasiones chichimecas, Xochicalco se irguió amurallada y en lo alto de una colina, lo que la hacía poseedora de una clara ventaja en caso de asedio.

Como heredera de Teotihuacán, Xochicalco exalta las representaciones de la Serpiente Emplumada, el linaje de los gobernantes toltecas del centro de Mesoamérica. En el basamento piramidal donde se representa el numen, también se encuentra un gobernante con un suntuoso tocado quizás hecho de papel o madera, decorado con incrustaciones de piedras preciosas que representa la cabeza de la Serpiente Emplumada y de la cual se desprenden plumas de quetzal lo que le otorga los poderes y la autoridad de la criatura.

Cien años antes de que surgiera Xochicalco, se levantó la ciudad amurallada de Tollan Xicocotitlan sobre una colina, sin embargo, Tollan Xicocotitlan además fue custodiada por los enormes atlantes -representaciones de guerreros sucesores de la tradición militar teotihuacana- que estaban dispuestos en los límites de la ciudad, no obstante, las reconstrucciones arqueológicas del siglo pasado los situaron erróneamente sobre el basamento piramidal B. Es importante destacar que, en Teotihuacán el arte está evocado en representaciones teogónicas mientras que en Tollan Xicocotitlan se exalta el militarismo. El estilo artístico de las ciudades de herencia teotihuacana intenta emular el estilo de Tollan con el fin de transmitir por medio de manifestaciones materiales, el legado del prestigio político, militar y económico, lo cual no es raro en el resto del mundo, pues una analogía son los estilos arquitectónicos y de indumentaria militar que Roma tomó de Grecia, posteriormente, en el siglo IX, Bizancio, reclamaba su ascendencia romana en su arte y los atuendos de la milicia de Constantinopla; en el siglo XVI el Sacro Imperio Romano Germánico, hacía énfasis en su legado emulando por igual el atavió militar en armaduras de carácter ceremonial, las cuales tenían un estilo romanizado.

Dicho esto queda en claro que el sistema de gobierno de los herederos de Tollan y la admiración que desprendían se debió a que eran quienes mantenían el bagaje cultural, poderío político y militar que había representado Teotihuacán. El linaje de la Serpiente Emplumada de los gobernantes de las ciudades antes mencionadas les otorgaba el derecho de ejercer poder sobre las distintas regiones de Mesoamérica, a esto López Austin y López Lujan le llamaron *zuyuanismo*, lo cual es:

Una forma de organización política, multiétnica, basada en la estructura del cosmos y establecida por los dioses, proponía de forma arquetípica el reino ecuménico de Tollan, que había sido el origen común de la humanidad antes de la salida de los pueblos del mundo. Se consideraba que todos los pueblos de la región debían pertenecer al sistema. Por ello, la resistencia de un pueblo a ser incluido era justificación de guerra (López Austin y López Lujan, 2013: 45).

Según la cosmovisión mesoamericana, cada pueblo tenía un dios tutelar el cual estaba estrechamente emparentado con su gobernante, por lo tanto, Teotihuacán y los nacientes gobiernos toltecas del Epiclásico debieron establecer como factor de cohesión social y medio de legitimación un dios tutelar territorial el cual no reemplazara al resto de deidades tutelares, sino que se situara en una esfera superior, dicho numen fue la Serpiente Emplumada. “El nuevo culto, con un intenso contenido político, se ajustaba a las inestables relaciones mesoamericanas, y los seguidores imponían sus principios e instituciones con el auxilio de las armas y el predominio mercantil” (López Austin y López Lujan, 2004: 40).

La equiparación de los gobernantes con la Serpiente Emplumada se puede destacar con la estela 31 de Tikal, la estela narra que el 16 de enero del año 378 llegaron hombres hostiles del centro de Mesoamérica. La pieza se refiere a una intervención militar, encabezada por Siyaj K'ahk, la cual trajo como resultado la muerte del gobernante maya Chak Tok Ich'akk I y la imposición Yax Nu'n Ayiin hijo de Atlal Cauac (posiblemente gobernante de Teotihuacán). “Yax Nu'n Ayiin no es el sucesor de Chak Tok Ich'aak I, de modo que para legitimar su ascenso se vale de la protección de fuerzas extrañas a Tikal y despliega en su persona el uniforme militar y los símbolos del poder propios de Teotihuacán” (Florescano, 2017: 110). Así pues, en la misma estela 13 de Tikal, se puede apreciar a Siyaj Chan K'awil, entre dos retratos de su padre Yax Nu'n Ayiin, quien viste atuendos de guerra y lo que parece ser un tocado o *cuatepoztlí* de la Serpiente de Guerra y la Serpiente Emplumada que en Teotihuacán yacen adornando el templo viejo del basamento piramidal de Quetzalcóatl. Después de la intervención de las tropas de Siyaj K'ahk y la imposición de Yax Nu'n Ayiin destaca por varias regiones del mundo maya, en especial en Copán, el arte arquitectónico y escultórico teotihuacano que en gran parte hace énfasis al militarismo del imperio del centro de México, lo cual, señala Florescano que era “el afán de los gobernantes [teotihuacanos] de Copán por convertir a esta ciudad en una Tollan sureña” (Florescano, 2017: 113). Los herederos de Teotihuacán, replicaron sus estrategias políticas, construyendo así el *zuyuanismo*.

Los *zuyuanos* construyeron un sistema cuya cohesión se basaba en dos principios aparentemente contradictorios. Por un lado, siguieron una vía ideológica que se esforzaba por mantener entre los pueblos una paz y armonía que supuestamente eran el reflejo del orden universal. Por el otro, los estados *zuyuanos* desarrollaron poderosos cuerpos militares de control y emprendieron agresivas campañas de expansión sobre los más débiles. La *zuyuana* era una empresa de armonía forzada (López Austin y López Lujan, 1999:45).

El zuyuanismo significó la capacidad política de gobernar extensos territorios ya que el culto a la Serpiente Emplumada se extiende desde Centro América hasta las fronteras septentrionales de Mesoamérica; de igual forma fomentó el desarrollo de la tradición militarista mesoamericana pues es en este periodo donde se emprendieron grandes campañas militares de conquista, practica de la que fueron herederos los pueblos del Posclásico emparentados con los toltecas, así pues, la Serpiente Emplumada se convirtió en un emblema de poder y conquista militar ya que:

[...] sorprende observar en las expresiones artísticas y simbólicas de esa época la desaparición de la figura del gobernante supremo, quien es sustituido por la representación de emblemas. La Serpiente Emplumada, la más difundida de las nuevas esfinges es símbolo del poder en Tula y en el área maya. Todo parece indicar que el emblema de la Serpiente Emplumada se había convertido en un título: Quetzalcóatl se refería a un cargo y oficio relacionado con las funciones públicas y militares (Florescano, 1996: 83-84).

Debido al sistema de gobierno zuyuano, los recientes pioneros chichimecas que migraban al centro de la región entendieron que debían establecer vínculos de sangre con los toltecas, de lo contrario, no podrían ejercer poder alguno ya que estos representaban no sólo el linaje gobernante, sino el linaje capaz de gobernar una región multiétnica.

Explicada la importancia del linaje de la herencia Teotihuacana y la discontinuidad que significó su dominio, se puede abordar con mayor claridad el proceso por el cual los mexicas tomaron el poder que ya se encontraba en Mesoamérica. Cuando llegaron a la cuenca de México, los mexicas establecieron vínculos de sangre con los toltecas culhuas, pues “al representar la cultura más elevada y más antigua es natural que Culhuacán haya gozado de gran prestigio entre los invasores y los recién llegados, tanto si se consideraban de raza chichimeca como tolteca-chichimeca” (Davies, 1973: 25), fueron los culhuas quienes les transmitieron el conocimiento de la agricultura, las artes y la escritura, sin embargo, Davies propone la posibilidad de que los mexicas ya fuesen agricultores a su llegada a la cuenca de México, además, hace una lectura hermenéutica de las fuentes novohispanas para discernir en la posibilidad de que los mexicas hayan sido naturales del centro de México y migrado al noroeste donde se mezclaron con los chichimecas.

Los investigadores, con contadas excepciones, no solamente están de acuerdo en localizar Aztlan, donde los mexicas empezaron su largo viaje en el noroeste, sino que igualmente es aceptada, en general la idea de que eran indudablemente de habla náhuatl [toltecas] [...] Los mexicas que habían pasado mayor tiempo que los demás pueblos su aventura colonizadora en las zonas fronterizas de Mesoamérica [...] no es posible que pasaran tanto tiempo en zonas chichimecas sin que adquirieran también algo de sangre, así como algo de sus costumbres (Davies, 1973: 33).

Al emparentar con los toltecas culhuas, los mexicas legitimaron su dominio ante la colectividad de la cuenca de México (ver cuadro 1), aunque en el caso mexica se unificaron dos linajes, el de la Serpiente Emplumada y el de su propio dios y fundador del linaje: Huitzilopochtli (quien fue un hombre real elevado a numen), también llamado Mexi y es con esta deidad con la que se relaciona al *tlahtoani* (singular de *tlahtoqueh*), pues se le consideraba como encarnación del sol y el dios de la guerra.

En el tiempo que se había de realizar el nombramiento de un nuevo *tlahtoani*, relatan los informantes de Sahagún, se reunían los *tecuitlatoque*, *achcacaubtin*, *yaotequiuaque* y los *tlenamacazque*, para buscar dentro de la familia del antiguo gobernante al que fuese más valiente y destacado en los asuntos tocantes a la guerra, humilde, ajeno a los vicios y entregado a los dioses, al mismo tiempo se elegían cuatro personalidades más quienes deberían estar siempre al lado del *huey tlahtoani*. Electos los cinco, eran llevados desnudos al recinto de Huitzilopochtli donde:

Vestían al señor de las vestiduras con que los sátrapas solían ofrecer incienso a los dioses, que era un xaqueta de verde oscuro y pintada de huesos de muerto.

[...]

Luego ponían a cuestras colgada de las espaldas una calabazuela llena de *picietl*, con unas borlas verdes oscuras, y poníanle delante de la cara una manta verde oscura, atada a la cabeza, pintada de huesos de muertos y poníanle en la mano izquierda una talega con copal o incienso blanco; era también de lienzo verde oscuro y pintada de huesos de muertos; y calzabanle unas cotaras también verdes, oscuras, y poníanle en la mano derecha un incensario de los que ellos usaban, pintado de cabezas de muertos, y en el cabo del astil llevaba colgados unos papeles como borlas (Sahagún, 2013: 455).

Ornamentado de esta forma, el nuevo *tlahtoani* era llevado al frente de Huitzilopochtli donde arrojaba el incienso, a continuación se les llevaba al jardín del mismo templo donde ayunaban durante cuatro días. Posteriormente, el nuevo *tlahtoani* debía hacer exhibición de su riqueza y poder organizando un festín para los gobernantes de los señoríos sometidos y rivales, al cabo del evento, el *huey tlahtoani* emprendía una campaña de conquista en donde hacía alarde del poderío militar mexica. Así pues, “Desde Acamapichtli hasta el último *tlahtoani*, se dice que éste es figura y semejanza de Huitzilopochtli. Es el dios quien lo elige, quien hace de él su envoltura, su piel”.¹ (Graulich, 1998: 15).

¹ Graulich Michel, “El rey solar en Mesoamérica”, Arqueología Mexicana, núm. 32, 1998, p. 15.

A pesar de que los mexicas no consideraban a su *tlahtoani* como encarnación de la Serpiente Emplumada como sucedía con los toltecas -lo que podría explicar en cierta medida el recelo de la elite por el mito del retorno de Quetzalcoatl-, los *pilli* hacían alarde de su linaje, la *Casa de las águilas*; el recinto de meditación, sacrificio y oración de los nobles mexica, posee flores de cuatro pétalos en las entradas, lo cual alude a la convergencia de los cuatro rumbos cósmicos, estatuas de más de un metro y medio de guerreros águila, lo cual alude a la élite militar y banquetas decoradas con relieves policromados que representan guerreros en procesión, estas ornamentaciones en las banquetas emulan el estilo artístico tolteca, lo cual es una exaltación y manifestación del linaje de quienes tenían acceso a este espacio consagrado.

Adorar a los dioses mediante auto sacrificio y dentro de un recinto cuya entrada y salida son correspondientes al alba y al crepúsculo, respectivamente, es un privilegio que sólo los lazos sanguíneos podían otorgar.

Al igual que los privilegios de culto, los *pilli* recibían educación distinta al resto de la población, asistían al *calmecac* donde se les enseñaba historia, artes, astrología, religión, la forma noble de hablar el náhuatl y se les adiestraba en estrategias de guerra y diplomacia, pues de estas instituciones, similares a monasterios, egresaban los altos mandos militares, sacerdotales y políticos. La alcurnia de los *pilli* se manifestaba ante la sociedad por medio del código visual intersubjetivo de la vestimenta cotidiana y ritual, siendo esta última la más exuberante.

Usaban los señores en los areitos [fiestas, rituales, danzas] [...], *quetzalilpiloni*, y eran dos borlas hechas de plumas ricas guarnecidas con oro, muy curiosas; y traíanlas atadas a los cabellos de la coronilla de la cabeza [...], llevaban también en los brazos unas ajorcas de oro [...], y unas orejeras de oro [...], traían también atada a las muñecas una correa gruesa negra sobada en bálsamo, y en ella una cuenta gruesa de *chalchihuitl* u otra piedra preciosa [...], también traían un barbote de *chalchihuitl* engastado en oro, metido en la barba [...], también traían barbotos hechos de cristal, largos y dentro de ellos unas plumas azules metidas, que les hacen parecer zafiros. (Sahagún, 2013: 439).

Lo descrito por Sahagún denota lo fantástico y lujoso de la vestimenta de los *pilli*, a la par, devela lo necesario que era marcar la diferencia entre linajes y exaltar la toltequidad, es decir, la civilización, acervo cultural y superioridad intelectual de los dominantes en todos los aspectos de la vida diaria.

Por lo explicado anteriormente se concluye reconociendo que linaje es el fundamento legitimador para ejercer poder; los mexicas certificaron su dominio mediante su parentesco con los toltecas de Culhuacán, lo cual exaltaban; les dio la soberbia de considerarse sucesores de la tradición tolteca y colaboradores de los dioses, pues según sus mitos de origen chichimeca, eran el pueblo elegido por Huitzilopochtli para dominar al resto de los hombres. El vínculo sanguíneo con los culhuas los hacía el pueblo que heredaba el derecho a gobernar, su linaje mexica, relacionado con Huitzilopochtli, justificaba su belicosidad y las estrategias de terror que el Estado mexica usó después de la rebelión de Tlacaélel, Itzcoatl, Nezahualcoyotl y Totoquihuatzin para mantener su entonces frágil *in statu quo ante*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Florescano, Enrique. (1996) *Etnia, Estado y Nación*. México. Taurus.
- Florescano, Enrique. (2009) *Los orígenes del poder en Mesoamérica*. México: FCE.
- Florescano, Enrique. (2017) *Quetzalcóatl y los mitos fundadores de Mesoamérica*. México. Debilsillo.
- Graulich, Michel. (1998) *El rey solar en Mesoamérica*. *Arqueología Mexicana*, 32, julio-agosto, 14-21.
- Haberland, Wolfgang. (1995) *Culturas de la América Indígena: Mesoamérica y América Central*. México. FCE.
- Jovellanos, Gaspar Melchor de. (1914) *El concepto de la nobleza de linaje*. *Boletín de la Real Academia de Historia*, Tomo LXV, 5-27.
- López Austin, Alfredo y López Lujan, Leonardo. (2004) *Tollan y su gobernante Quetzalcóatl*. *Arqueología Mexicana*, 67, mayo-junio, 38-43.
- López Austin, Alfredo y López Lujan, Leonardo. (2014) *El pasado indígena*. México. FCE.
- López Austin, Alfredo y López Lujan, Leonardo. (1999) *Mito y realidad de Zuyuá-Serpiente emplumada y las transformaciones mesoamericanas del Clásico al Posclásico*. México. FCE.
- López Austin, Alfredo. (2013) *La sociedad mexica y el tributo*. *Arqueología Mexicana*, 124, noviembre-diciembre, 40-48.
- Nigels Davies, Claude. (1973) *Los mexicas primeros pasos hacia el imperio*. México. UNAM.
- Sahagún, Fray Bernardino de. (2013) *Historia general de las cosas de la Nueva España*. México. Porrúa.
- Saunders, Nicholas J. (2005) *El icono felino en México fauces, garras y uñas*. *Arqueología Mexicana*, 72, marzo-abril, 20-27.